

—Oye, Pio.

—Nada, nada, está resuelto: hasta luego.

Pio Blanco salió y cerró la puerta.

Arturo comenzó á ponerse de mal humor:

Concha guardó silencio.

CAPÍTULO XIII.

UNA DIGRESION ACERCA DE LAS MANOS. LA CENA EN FULCHERI.

LAS MANOS. Hé aquí una parte del cuerpo humano digna, por su importancia suma, de la atención del observador.

En las manos llevamos todos escrito el nombre de nuestra raza, el grado de nuestra educacion, nuestra posicion social, nuestras tendencias, nuestros sentimientos y nuestra historia.

Si este lenguaje de las manos entrara alguna vez en la categoría de los conocimientos vulgares, la humanidad, apoyada en sus propias manos, caminaría mejor.

Esta segunda fisonomía no está, por desgracia, tomada generalmente en consideracion, y con pocas excepciones el

mundo se conforma en materia de manos con estas solas dos calificaciones:

Manos bonitas y manos feas; y no se cuida mucho de que hay tantas clases de manos, cuantas clases de pasiones hay.

Las manos son una revelacion de ese misterio que se llama *sér moral*, son una acusacion manifiesta de lo que el hombre oculta; y por ese cuando el hombre formula en su interior una oracion sincera emanada de la conciencia y de la verdad, *eleva á Dios las manos*.

Las manos con su laberinto de rayas, sus falanges, falangines y falangetas, con sus movimientos especiales, son el proceso del individuo, el *carpet* de su viaje por este planeta.

La quiromancia conocia antaño ese *carpet* y el pillo que sabia leerlo en la antigüedad, tenia el raro prestigio de consternar un reino, de cambiar la faz política de una nacion, y de alcanzar mayores resultados con un horóscopo y con una prediccion, que el poder religioso y que la fuerza bruta.

Es que la verdad y la conciencia son hermanas y cuando por cualquier medio, por estravagante que sea, se dan la mano, triunfan.

Si alguno de nuestros lectores es observador, se habrá fijado alguna vez en el lenguaje mudo de las manos.

Las manos son susceptibles de educacion, y son siempre las que la revelan; las manos en su configuracion, en

su tez y en sus movimientos, son el testimonio inexcusable de las costumbres del individuo.

Hay manos groseras, manos tontas, manos ordinarias, así como las hay ociosas, aristocráticas, sensuales, artísticas, curiosas, hábiles, etc. etc.

Estudiad las manos y al poco tiempo de observacion encontrareis que os hablan.

No nos preciamos de conocer á fondo "*la science du main*," librito que hemos buscado con ansia para estudiarlo y apoyar nuestras observaciones, de las que, á reserva de ampliarlas en otra ocasion, asentaremos algunas, aunque ligeramente.

La quiromancia llegó á profundizar la cuestion y el autor del libro á que nos hemos referido ha llegado á hacer un estudio prolijo y concienzudo que ha logrado penetrar, y con felicidad, en el terreno de la adivinacion: pero nosotros no entraremos al exámen de las líneas, sino solamente al de la forma y los movimientos.

Por ejemplo: despedíos de una jóven bien educada, acostumbrada á la buena sociedad y al trato franco y sincero, y sentireis todas esas cualidades en el tacto, en la manera conque os estrechará la mano; pero dádsela á una beldad inculta, á una polla ordinaria, y notareis una contraccion extraña, sentireis unos dedos nerviosamente rectos y una mano muerta, un movimiento sin intencion y como que no está en armonía con la voz ni con el asunto, es una mano postiza que se mueve por imitacion, es un de-

sencanto, una mano torpe y elocuentemente desconsoladora.

En esta categoría estaban las manos de Concha aun despues de las lecciones de Madama Luisa.

En cuanto á su forma, ocultaban sus articulaciones bajo una piel suave y tenian los dedos puntiagudos, señal inequívoca de pereza y voluptuosidad.

Las manos hábiles tienen los dedos espatulados, las trabajadoras las yemas redondas, y los dedos casi rectos, las articulaciones pronunciadas y las venas salientes.

Las manos de Arturo se parecian á las de Concha, eran suaves y puntiagudas.

Los dos amaban la molicie.

Pio Blanco, á pesar de su poca esperiencia, comprendió gran parte de lo expuesto en la manera con que Concha le dió la mano, y este solo hecho era tan significativo y trascendental que Pio se puso á discurrir de este modo:

—No; á pesar de su lujo, esta chica no es lo que parece, Arturo la ha de haber sacado de algun rincon y la ha ataviado como una señorita. ¡Bravísimo! esto me alienta y me hace concebir una esperancita..... porque en fin, yo soy un calavera..... mi edad..... vamos, Pio, eres un pollo, se decia á sí mismo el pollo, tomando un aire de fatuidad muy marcado..... Pio, Pio, tú tienes un pensamiento retozon..... ¡pero si tiene unos ojos esa chica! y luego..... que como no es decididamente una encofetada cocota ni cosa que lo valga, va á ser accesible, yo soy buen mozo y me visto bien..... Afortunadament^o

traje mi corbata verde, que segun mi chica me está tan bien..... en fin, en la cena veremos lo que se avanza: es necesario quedar bien con el fanfarron de Arturo, para que en todo caso vea Concha que sé lo que traigo entre manos y que soy hombre que presta garantías.

Estas y otras mil ideas preocuparon á Pio Blanco hasta el momento de reunirse con Arturo y Concha.

—No me tardé, dijo al entrar al palco.

—Nada de eso: eres un inglés.

—Ya sabes. ¿Concha, se ha divertide V. mucho?

—Sí, señor.

—¿Vámonos?

—Sí, así saldremos sin pasar la consabida revista, dijo Arturo.

—¿Qué revista? preguntó Concha.

—La de la doble fila de curiosos que se forma á la salida del teatro.

—¡Ah!

Pio tomó de sobre una silla un magnífico abrigo de merino blanco y lo colocó sobre los hombros de Concha, á quien desde luego pareció aquella galantería de un carácter desconocido, al grado que dirigió una mirada á Arturo como para pedirle su aprobacion.

Pio Blanco dejó que Arturo tomara á Concha y dijo:

—No te quejes, chico, de derecho me tocaba llevar á le interesante Concha, pero como te considero muy enamorado te hago esa concesion. Ya sabes.

—Gracias, generoso.

Los tres pollos salieron antes de que se acabara la comedia, montaron en un coche y partieron para el café de Fulcheri.

Pio Blanco pidió sopa de ostiones para los tres.

—¿Sopa? dijo Concha haciendo un gesto graciosísimo.

—Sopa, Concha, sopa de ostiones.

—¿A estas horas?

—¡Oh! ese es el chic, los ostiones son nuestra comida favorita, ¿no es verdad, Arturo? Ya sabes.

Puso el criado la sopera y Pio Blanco hizo platos.

Concha observó para sí, que aquello no tenía cara de sopa; por lo menos no se parecía á la de tortilla, ni á la de fideos; tomó algunas gotas en la punta de la cuchara y la probó: la encontró detestable.

—De tomar sopa, pensó Concha, preferiría yo de tallarin como la que hace mi mamá.

Arturo estaba en un brete; hacia señas á Concha con los piés, para que no se dejara ver la hilaza, para que no hablara; pero no pudo evitar que Pio Blanco con esa tenacidad peculiar del pollo, especialmente cuando el pollo come y bebe, no pudo evitar, decimos, que Pio exclamara:

—¡Cómol encantadora Concha, ¿no le gustan á V. los ostiones? los ostiones son la comida favorita de los hijos del placer, de los hombres de gusto, de la gente que comprende los deleites gastronómicos; el mundo elegante los reputa desde la mas remota antigüedad, como el platillo de los enamorados.

Concha abría los ojos, teniendo la cuchara suspendida entre el plato y la boca, estaba lela; despues bajó la cara y procuró analizar la forma de los ostiones.

—¿Busca V. la forma? eso es cuestion de forma, como dicen en el congreso; busque V. la sustancia, Concha, la sustancia, y ya verá V.—Chico, dijo en seguida dirigiéndose á Arturo, si quieres ser feliz, es preciso que alimentes á esta hechicera beldad con los productos culinarios mas en analogia con las costumbres modernas.

—Ya aprenderá, dijo Arturo turbado.

—A la salud de V., Concha, por esos ojos.....

Pio tocó su vaso con el de Concha, quien se estremeció con el contacto inesperado y estuvo á punto de soltar el vaso.

Pio apuró el suyo de un sorbo y Concha apenas tocó el suyo con los labios.

El dios Baco tiene sacados muy curiosos apuntes sobre la embriaguez, en todos los tiempos, y hasta ha llegado á confundirse en materia de apreciaciones. El tal dios de las viñas, hace formales mohinas cuando en una cena íntima ó en un banquete, se encuentran beldades de paladar refractario al consagrado néctar.

Las personas no acostumbradas al vino lo aceptan como una verdadera pocion venenosa; apenas lo catan y les parece mucho un trago: el verdadero chic consiste en beber con naturalidad. A este chic debe la industria moderna la enormidad de su estadística alcohólica.

—Beba V., Concha.

—Se me sube.

—El buen vino no se sube.

Arturo y Pio bebían como contra maestres.

La conversacion subía de punto; Pio se volvía impío y Arturo no veía claro. Delante de una mesa cubierta con suculentas viandas y esquisitos vinos, el hombre espiritualiza el placer animal, y las fuerzas digestivas dejan, en los primeros momentos, ejercer todo su poder á las fuerzas intelectuales.

El gusto, la vista y el olfato se regodean en el refinamiento culinario; y sabores y aromas, estimulan el sensualismo del gastrónomo: el hombre reina, se siente bien, se alegra de verse bueno; este placer múltiple pone al pollo insoportable, al grado de privarnos del placer de escribir en seguida el diálogo de la cena, que para nosotros tiene todo el sabor del pollo en auge; presentaría una de las faces mas encantadoras de este bípedo, nos facilitaría la autopsia, nos ahorraría letras. Con positivo sentimiento renunciamos á describir con todos sus detalles, aquella cena á tres, cena del café inglés de Paris, casi pompeyana; pero preferimos respetar á nuestros lectores doblando la hoja para pasar al capítulo siguiente.

CAPITULO XIV.

EN EL QUE LA PRECOCIDAD DE LOS POLLOS DETERMINA UNA CATASTROFE.

SENTEMONOS en una de las elegantes bancas de fierro del jardin de la plaza mayor de Mexico.

La noche es hermosísima, y en el reloj de la Catedral acaban de sonar las doce y media: del portal de las Flores se retira el último figon improvisado sobre una mesa, y todavía en los dos extremos del portal de Mercaderes permanecen soñolientos y silenciosos dos dulceros, iluminados por la fuerte luz de un quinqué de petróleo.

La luna está en el zenit, el cielo es azul y ni una ráfaga de viento agita las dormidas plantas del jardin, en el